

que, aunque ellos con la lumbre de la fe se dan bien á conocer á los hombres, pero tiénelos el demonio ciegos y hechizados con los deleites que salen de la prosperidad, á quien llama mentira y burlería; porque, aunque prometen por de fuera descanso, no paran sino en aflicción y dolor. Lo segundo dice que la inconstancia de nuestra concupiscencia nos trastorna el sentido, por bueno y sencillo que sea; lo cual nace de ser los bienes terrenos tan cortos y burladores, que nuestro amor propio no se satisface, aunque los posea á su voluntad, y siempre busca otros nuevos. Porque esto tienen estos bienes, que, vistos de cerca, que es cuando los alcanzamos, ellos mismos nos desengañan, cuando no hallamos en ellos el descanso que desde lejos nos prometían; y de aquí es que procura el demonio que los veamos siempre de lejos, y cuando nos los da, es á deseo y con tanta avaricia, que si pudiese alcanzar su intento sin darnos ninguno, lo haría; y en señal desto los mostró al Redentor desde el monte alto encumbrado, porque su mentira, conocida y vista desde cerca, no nos desengañe; lo cual causa la inquietud perpetua de nuestros deseos, que el Sabio dice: Y aun el tiempo que los poseemos, esconde cuanto puede el demonio sus engaños, porque no nos desengañemos dellos, haciendo con sus hechizos que se nos escondan, ó por mejor decir, que no los echemos de ver, aunque ellos están bien descubiertos; cuyo ejemplo fué el de los israelitas, que se acordaban de las buenas ollas que comían en Egipto, olvidados de la aflicción que habían padecido de los de la tierra; pero al tiempo de la muerte, cuando abren los malos los ojos en el infierno, allí parece el desengaño, cuando ya el demonio no puede ni tiene para qué engañarlos; y así lo confiesan ellos: Cansados venimos del camino de maldad y perdición, caminado hemos por caminos ásperos, por cuestras y piedras, sin haber acertado el de la virtud ni habernos salido el sol de justicia. En lo cual mienten, sino que ellos traían los ojos cerrados, sin quererlos jamás abrir.

» De suerte que este es el oficio de la prosperidad, cegar los ojos á los hombres, no quitándolos de la fe, sino cerrándolos á la consideración della para no ver sus daños, dejándola á ella en su fuerza que para con los hombres y su apetito tiene para derribarlos en grandes pecados; la cual nos declaró el Sabio, diciendo: Bienaventurado el rico que fuere hallado sin mácula; que lo que dice de la riqueza entiende de los demás bienes, entre los cuales hay aun otros mas poderosos que ellas para lo que aquí dice, pues se ponen los hombres á mayores peligros, y cometen mayores pecados, y aventuran las mismas riquezas para alcanzarlas. Dice pues: Bienaventurado el rico que fuere hallado sin pecado, y el que no se deja llevar tras el oro, ni sus esperanzas tras el dinero atesorado. Y cuando dice bienaventurado, no dice por la bienaventuranza del cielo, aunque bien puede decirlo, pues el que estuviere sin pecado la poseerá; ni quiere decir, como en otros lugares, solo dichoso, sino tambien es manera de hablar para decir que es raro, no solo en aquella lengua, mas en la latina, castellana y en la italiana, como quien dijo en alguna calamidad, bienaventurado el que tenia piés ligeros para huir, para decir que era raro en aquella perse-

cución, y que era tan urgente que nadie podia huir; así acá nos quiere decir que es raro el rico sin pecado, la cual sentencia se confirma en un raro dicho de san Jerónimo: Todo hombre rico, ó es malo ó heredero de algun malo; y no menos con la dificultad que enseñó el Señor en el Evangelio, con que los ricos entrarán en el reino de los cielos; y el mismo Sabio lo declara luego, diciendo: ¿Quién será este, y le alabaremos porque hizo milagros en su vida? Que es como acá decimos: ¿Quién será este, y le besaremos la ropa porque hace milagros? Que el milagro no es otra cosa sino una obra rara, que se hace fuera del curso comun de la naturaleza; y con esto da á entender que el camino real y ordinario de los hombres es, que las riquezas tienen fuerza de hacer al hombre pecador, y cuando no lo es, es caso tan raro, que parece milagro. Y pone luego en qué está el milagro, en que, como las riquezas sean un toque de la santidad y perfección, es milagro que alguno tocado ó probado con ellas se halle perfecto y sin habersele pegado alguna mancha; y luego da la razón por que sean las riquezas el toque de la santidad, diciendo porque son fortísima ocasión de cometer muchos males, y eso quiere decir que pudo traspasar la ley de Dios y no lo hizo. Aquel pudo dice la gran fuerza de la ocasión y lo mismo que es toda uno, que pudo hacer males y no los hizo; que si sola la libertad significara, tambien la tiene el pobre para pecar y traspasar la ley; ó quiere decir (y todo sale á una cosa) que pudo sin estorbo hacer mal; lo cual mas se halla en el rico que en el pobre; pero todo es uno, que ese poder es la ocasión fuerte que decíamos; y la misma fuerza significó la misma Sabiduría en otra parte, cuando Salomon pidió á Dios con instancia dos cosas: la una, que no le diese riquezas, porque, después de hartado y regalado con ellas no fuese provocado del regalo á negar su santo nombre. Donde da á entender la violencia de la ocasión, como dijo el poeta Virgilio, que su deleite lleva como por fuerza á cada uno, aunque siempre queda el hombre con su libre albedrío y bastantes fuerzas del cielo para resistir y vencer; pero combatido con vehementes tentaciones, ofrecidas y esforzadas de la misma prosperidad.

» Para declaración desto, se ha de notar que el peligro desta guerra que estos falsos bienes hacen al alma, procede de dos razones, por las cuales en parte es mas dificultosa y recia que la que le hacen las adversidades de que usa el demonio para derribarnos. La una es porque nos toma mas descuidados, que ese bien tiene la tribulación y aflicción, que aunque combate fuertemente al corazón, hállale mas apercebido, cual lo anda el atribulado ordinariamente delante de la presencia de Dios, pidiéndole favor; pero la prosperidad coge al hombre descuidado y olvidado de su alma, por entender en muchas cosas de que su contento depende, como san Pablo dice de la mujer casada, que no está pensando cómo contenta á Dios, como lo está la doncella, sino en cómo contenta á su marido; así podemos decir del que vive en prosperidad, que está ocupado en conservarla, y en esta gasta muchos ratos de los que habia de ocupar en Dios y en apercebirse. La segunda razón es, porque la prosperidad halla, cuando viene á hacer la guerra dentro de nosotros, muchos amigos de su parte; y así,

es la guerra mas peligrosa, cual lo es todas las veces que entre los cercados y combatidos se hallan algunos amigos de los cercadores, por lo cual procuran de echarlos de sí, cuando los hay, con tiempo, como cosa muy dañosa, como se han visto en muchas guerras de nuestros tiempos y leído en las historias de los pasados; pues ahora como muchas cosas que están dentro en nosotros tienen amistad con la prosperidad, y estas no pueden ser echadas fuera, hácese su guerra muy peligrosa; los ojos son amigos de hermosura y de curiosidad, los oídos se pierden por música, nuestra sensualidad busca por todos los caminos el deleite, toda es gente que la prosperidad trae consigo; de temer es que algunas veces abran las puertas del corazón al enemigo, y le den las llaves de la fortaleza; pues estas dos son las razones en que se funda el dicho del Sabio.

Y pues esto es así, ¿qué ceguedad es la de los hombres? ¿Cómo no abren los ojos para ver tantos daños? Si hacen caso de su alma, ¿cómo la dejan á tanto peligro? Si de la misma prosperidad y deleites, ¿cómo no se guardan de lo que della y dellos sale? De ahí nace la inquietud, la falta de sueño, la aflicción de espíritu, de ahí la mala conciencia, el gusano della, el olvido de Dios, las cargas de pecados y otros mil males; ¿cómo no dan gracias á Dios cuando no la alcanzan, pues de tales y tantos peligros les exeuza, y antes andan procurándola con gran riesgo de su paz, vida y alma, y de perder al mismo Dios? ¿Cuánto mas descansada lleva su vida el que, con solo lo necesario para ella, se contenta con que agrade á su Dios y gane el cielo, sin andar contentando al mundo vano á tanto peligro y costa suya, aun después de alcanzado lo que con tanto afán procuró? Porque, como Séneca dice, el hombre rico y próspero tiene necesidad de andar siempre con gran tiento, mirando dónde pone los piés, cómo quien va por una calle helada por no resbalar; pues ¿con qué puede compararse este cuidado? Pues dejar perder su alma por lo que es pura vanidad y aflicción de espíritu, y no permanece dello sino solo lo que hay de tormento, ¿qué mayor locura? Qué le aprovecha al hombre que gane todo el mundo, y sea señor de todos los reinos del, y encierre debajo de su llave todo el oro de las Indias, y gane las voluntades de cuantos viven, y goce con salud de todos los contentos que los hombres buscan y inventan, si por ello padece detrimento en su alma? O ¿qué cosa hay que importe ni pese tanto, puesta en la balanza, como el alma de un hombre, como dice el Redentor del mundo? Pues no busque nadie ni llame la prosperidad, si no viniere ella, y viva con cuidado si viniere, poniendo los ojos en Dios, que todo lo crió, y en su alma, para quien todo fué criado; y si todavía hay ciego que dice que es bienaventurado el pueblo que la tiene, yo con David digo que bienaventurado el pueblo que, aunque el Señor llueva sobre él trabajos, siempre le tiene por Señor.»

DISCURSO IV.

De la primera utilidad de los trabajos, que es merecer la gloria.

La gloria del cielo que Dios tiene guardada para sus amigos, no hay lengua humana que pueda decir cuál

es; antes dice san Pablo que ni ojos vieron ni orejas oyeron, ni jamás cayó en pensamiento de hombres, lo que Dios tiene allí aparejado para los que le temen. Pero segun lo que de la fe y los libros santos sabemos, algunos rastros alcanzamos, de donde lo demás se pueda conjeturar. Pero cuánta gloria será ver á Dios rostro á rostro, en que consiste esencialmente nuestra bienaventuranza, no puede caer debajo de nuestra imaginación, pues ni sabemos cuál es el rostro de Dios, que es su esencia y sustancia, ni todos alcanzan el cómo y con qué lumbre se ha de ver. Y por eso contentarémonos con sacarlo por conjeturas; como hizo un pintor, segun cuenta Plinio, que, mandado hacer un gran jayán en una pequeña tabla, pintó en ella una figura de un hombre, pequeña como la tabla era, pero á los piés de la figura pintó un sátiro que le estaba con una vara de medir midiendo el dedo pulgar. De donde el discreto que la mirase coligiese, multiplicando en proporción, las varas que tendria en todo el cuerpo por las del dedo, y hallaria que era grandísimo gigante. Y así hizo el Señor cuando quiso darles á los apóstoles una vislumbre de su gloria, para que entendiesen cuál ha de ser la suya, y les mostró en el monte Tabor un rascuño della, pues fué sola la gloria del cuerpo, y desta sola la claridad, y desta una pequeña parte, cuanta bastaba para aquel monte; porque de otra manera estando él tan claro como el sol, no fuera tan secreta la claridad como él quiso que fuese y como al cabo fué; mayormonte que no falta quien diga que fué este misterio de noche. Pues así será en este discurso, donde no pretendemos dar sino una vislumbre de la gloria, pues no se trata della de propósito, sino cuanto della se conjeture su grandeza, cuanto cupiere entre gente que vive en este cuerpo mortal, para que de ahí se saque el valor y excelencia de los trabajos, mediante los cuales se merece.

Pues para este fin consideremos que cada ángel, aunque sea el menor de todos, es mejor y mas perfecta criatura en su naturaleza que todas las corporales. Lo segundo, que toda la multitud de ángeles que Dios crió, se exceden unos á otros en perfección, pues no hay dos de una misma especie y naturaleza, como los hombres son, sino que así como no hay dos números que sean iguales, sino todos, aunque son infinitos, se exceden unos á otros, y tanto mayores son cuanto mas se apartan de la unidad, así son los ángeles, y tanto mas perfectos cuanto menos se apartan del sumo bien y perfección, que es Dios, aunque con infinita distancia ninguno puede llegar á él; y por eso su perfección se mide por lo que menos lejos está del, y no por el cuanto está mas cerca. Pues á esta cuenta, si en las cosas corporales hay tantas cosas buenas que ver y entender, ¿qué será ver el mas perfecto ángel que está mas cerca ó menos lejos de Dios? Y si deste á la naturaleza infinita y perfección de Dios hay infinita distancia en perfección, ¿qué será ver la misma esencia de Dios? Verdaderamente no sin causa es menester nueva y mas alta lumbre y nuevas y soberanas fuerzas, pues para imaginarlo son menester bien grandes; y si siendo el Bautista tan santo, que algunos le cuentan luego después de la Madre de Dios, y después de haber gastado Cristo un buen rato en sus alabanzas, dice al cabo que el menor

de los bienaventurados es mayor que él, ¿qué tanto bien será uno de los que en aquel dichoso reino son mayores? No hay que ponderar más de lo que el Evangelista dice, que seremos semejantes á Dios, porque le veremos tal cual él es. Pues cuanto á este punto no hay más que encarecer de la gloria del alma, pues que por ella seremos dioses por participacion, que es el ser semejantes á Dios.

Pues si consideramos los relieves que della se derivarán al cuerpo, el cual quedará con aquellos cuatro dotes: lo primero impasible, sin que pueda por ninguna ocasion recibir dolor ni pesar; lo segundo, hermosísimo y resplandeciente con el dote de claridad, con que el sol delante de los bienaventurados parezca un pobre candil, aunque dellos dice la Escritura que serán resplandecientes como el sol, porque no hay otra mayor claridad con que compararlos en la tierra; lo tercero, la ligereza que, como un pensamiento, pasarán cualquier distancia de lugar, por larga que sea, en un punto; lo cuarto, la subtilidad con que podrán pasar, entrar y salir por cualquier parte, sin que puertas lo impidan ni paredes le detengan; los cuales dotes san Pablo pone juntos tratando de la resurreccion de los muertos, diciendo, debajo de la metáfora que prosigue de lo que se siembra: Sembrarse en la muerte cuerpo corruptible, y resucitará incorruptible; esta es la dote de la impasibilidad, siémbrese con deshonra, y resucitará con gloria; esta es la claridad, sembrarse con enfermedad, resucitará con virtud y fuerza; esta es la ligereza, sembrarse un cuerpo animal, que es un cuerpo grosero y denso, y resucitará un cuerpo espiritual, que es cuerpo sutil como espíritu, que sin estorbo penetra todos los cuerpos, por densos y tupidos que sean. Estos dotes se vieron representados en el cuerpo glorioso del Redentor del mundo después de su santa resurreccion, y aun antes que muriese, sin tener cuerpo glorificado, porque pudiese haber pasión en él, dió unas muestras destes cuatro dotes que su santo cuerpo y el nuestro habian de tener después de la resurreccion; que la impasibilidad del morir, aunque no como de gloria, mostró en el desierto, ayunando cuarenta dias y noches, á todo no comer y á todo no beber, sin que peligrase su vida, lo cual sin milagro no pudiera; la claridad en el monte el dia de su santa transfiguracion; la ligereza en el mar, cuando sin zambullirse anduvo por él hacia el navío donde iban sus discípulos; la subtilidad cuando nació de madre virgen, quedándolo antes y después del parto; pero, por ser cosa que tanto nos habia de enamorar la esperanza de vernos con estos cuatro dotes, nos los dejó en una imagen todos juntos, y que cada dia los viésemos, aunque en ella no se nos representan con tanta perfeccion y primor como ellos entonces serán; y esta imagen ó pintura es el sol, la impasibilidad en que en cinco mil años no le vemos faltar, enflaquecer ni venir á menos, pues la claridad ella misma se descubre y encomienda su grandeza y hermosura; la ligereza no menos, pues tanta distancia corre y pasa en veinte y cuatro horas; pues la subtilidad en que en saliendo por la mañana y dando en una puerta ó ventana, por mas ajustada que sea, siempre halla por donde entrar su claridad. Pues ¿qué mas gloria se puede imaginar

para un cuerpo de barro, lleno de corrupcion, como agora es el del príncipe mas pintado en el mundo, que tener aun mejoradas estas propiedades tan preciosas del sol? Qué será entonces ver tantos soles discurrir por aquella region, sin estorbarse ni escurecerse, y los ojos sin flaqueza para verlos? Si acá tanto bien parecen veinte caballeros aderezados para un juego de cañas, jugando á ellas en una plaza, con sola la hermosura de sedas y brocados y con la ligereza de unos pesados caballos, ¿qué serán tantos bienaventurados con aquella librea de gloria? Pues la region, ¿qué tal será, cuando tan hermoso es el envés que vemos? ¿Y la ciudad que á nuestro grosero modo nos pinta san Juan en el *Apo-calipsi*? Las plazas y muros de oro purísimo, las puertas cada una de una piedra preciosa, alumbrada la ciudad con el mismo Hijo de Dios; los árboles llevan fruto doce veces al año, regados y refrescados con un rio que sale de la silla del Eterno Padre; pues si las puertas, plazas y muros, que suele ser lo mas comun de las ciudades, y por eso lo menos curioso, son de tan preciosa y excelente materia, ¿qué serán las casas, los jardines, los aposentos, las mesas y camas? Y es al fin todo esto material, porque los hombres, que lo somos, por esto que así no es, entendamos algo de lo que en sí es esta gloria celestial.

Y con todo, nos andamos por los derredores sin decir la vida que allí se pasa, que no hay pluma ni aun pensamiento que se atreva á comenzar; porque, así como del condenado dice el salmo: Rodeáronme males de que no hay número ni cuenta; así puede decir el bienaventurado: Rodeáronme bienes sin cuenta ni número. A lo menos, lo primero, de los infinitos males y trabajos de acá nos veremos allí libres: acá la soberbia nos trae hinchados y el deseo de honra nos aflige, allí nos veremos tan grandes, que ninguno desee ser mayor; acá nos carcome la codicia, allá no habrá qué desear, porque todos los deseos veremos cumplidos; que esto es lo del salmo: Entonces me veré harto y descansado cuando apareciere tu gloria. Otra traduccion dice: Habrá hartura de deleites con tu rostro. Acá los buenos son fatigados con tentaciones de la sensualidad, allí habrá perfecta libertad desta sucia pestilencia, porque se cumplirá lo prometido por el Espíritu Santo: Habrá sauidad de tu concupiscencia, y regarse han tus huesos, que serán como unas cañas de azúcar, con el deleite que saldrá del alma gloriosa; acá nos turban los ímpetus de la ira, allá será todo sosiego y paz: Estará mi pueblo en descanso y paz hermosísimo, en moradas de confianza segura, y en holganza y descanso con riqueza; acá son los cuerpos moradas y tabernáculos de las almas, pero no de confianza ni seguridad, que cada dia se corrompen, y al fin se acaban, hoy los ojos, mañana los dientes, etc.; pero allá se cobra todo en la resurreccion, sin temor de perderse ya más; aquí la gula nos fatiga, allá seremos sustentados de la flor de la harina, que es el mismo manjar de la mesa de Dios; acá la envidia nos despedaza, deseando uno lo que el otro tiene, y no él, ó porque el otro toma lo que él ha menester; allá no hay necesidad ni tasa; todos tienen sobrado zambullidos en aquella profundidad de bienes. Bienaventurado es, dice san

Agustin, el que tiene todo lo que quiere, y no quiere cosa mala. Y así como muchos cántaros en un rio caudaloso no tendrían envidia el uno del otro, porque todos van llenos y llevan lo que quieren; así entran muchos bienaventurados en aquel piélago de gloria y divinidad, y hinchen las capacidades segun sus merecimientos. Las medidas acá, aunque desiguales, no se tienen envidia, estando todas llenas; así allá los hijos de un padre, aunque desiguales, vestidos de un mismo brocado, aunque el menor lleva menos de aquella rica tela, no trocará su sayo por el del mayor, aunque este vale más, porque el que cortaron á su medida le asiénta y parece mejor; así allá, donde á todos, mayores y menores, les cortan la bienaventuranza del mismo paño que á Dios, como la parábola dice: Entra en el gozo de tu Señor. En el cuerpo natural no vemos quejarse un miembro de otro, ni tenelle envidia porque le honren, vistan ó curen; menos allá, porque son mas unos con Cristo y entre sí por el perfecto amor que se tienen; porque, aunque dice el mismo que en casa de su Padre hay muchos aposentos, ninguno tiene envidia del aposento del otro, como la ostrea ó el caracol aunque sea la otra mayor ó mejor concha. Acá la pereza causa melancolía, allá el amor hace diligentes á los moradores; y así como cuando hay una grande obra los obreros se huelgan que haya muchos otros, así es allí, do la obra es amar y alabar á Dios, y sin fin.

No digamos desto más, que no acabaremos; que es materia que arrebatara los sentidos, y aun solo hablar en ella trae consigo esta gloria, y sin tocar en el principal plato, que no puede nuestro entendimiento alcanzar mientras vivimos, que aun de las frutas y cosas de menos cuenta se ofrecen millares de consideraciones sabrosísimas de lo que allí se goza; ¿qué cosa será saber cuántas cosas hoy hay en el mundo por sus propias causas, que da tan gran gusto, aunque sean de cosas corporales y viles? Pero acá son altísimas y inteligibles; ¿de qué naturaleza es el cielo y el sol, cómo produce las cosas de acá bajo, cómo alumbrá la luna y estrellas, y cómo modera los tiempos, de qué materia es el fuego, cuánto hay de polo á polo, cómo se tiene la tierra pendiente sin tener á qué arriarse en cosa firme de ningún lado, cómo crecen los montes, cómo se hacen los lagos, qué cosa es aquella materia que fué en tantas cosas dividida? Pues ¿qué será entrar en aquellos secretos de las cosas divinas y espirituales, los misterios de la Santísima Trinidad, cómo procede del Padre el Hijo, y el Espíritu Santo de ambos, siendo todas tres personas un mismo Dios? Aquellos atributos divinos que tanto resplandecen en lo criado, ¿qué serán en sí mismos? Pues ¿las obras de la redencion, junta tanta bajeza con tanta infinidad? Al fin, cuanto precioso buscamos y estimamos en la tierra, que lo mas es el cielo y estrellas, traen los bienaventurados debajo de los piés, libres de pesar y de congoja, de mudanzas de cometas, de tempestades, de inviernos y veranos, de calor y frio, de congoja de abril y mayo, de guerras, de pestes, de hambres; y lo que mucho confirma todo este contento, tan abreviado en este papel, es ser allá tan perpetuo, tan eterno y sin mudanza. ¡Oh, qué gloria es tender un bienaventurado los ojos por aquellos campos de la eter-

nidad, donde toda la gloria que ha de tener para siempre la goza toda junta; porque, así como uno de los grandes tormentos que los dañados tienen en el infierno es cuando tienden los ojos de la consideracion por la eternidad de las penas que padecen, y el pensar que nunca, mientras Dios fuere Dios, se les ha de acabar; de donde les nace aquel temor y aquel temblar y erujir de dientes que el Señor dice en el Evangelio; así los bienaventurados redoblan su gozo con el pensamiento de que, para mientras Dios fuere Dios no se les acabará, ni será bastante ninguna cosa, por poderosa que sea, á turbarles ni aguarles su contento, como el Señor lo dijo á sus discípulos: Otra vez vendré á vosotros y os llevaré conmigo, y alegrarse ha vuestro corazón y descansará ya; y vuestro descanso y alegría ninguno será bastante para quitárosle. Por esto decia David, pensando en esta felicidad: Alaba, Jerusalen, al Señor; alaba, Sion celestial, á tu Dios; y dando la causa, dice: Porque ha arrancado fuertemente las puertas de tu morada, de tal arte, que nadie bastará á estorbar ni despinar los bienes de gloria, que en tí comunica á sus hijos. Acá en esta vida ningún hombre hay tan dichoso, que no tenga su fiscal; ningún contento, que no tenga su azar, uno ó muchos; unos deshace la envidia, otros la enfermedad, otros la pobreza, otros el dolor, otros la traicion, otros el sobresalto, otros la ambicion y avaricia del contrario, otros la mala conciencia; allá en aquella santa ciudad no hay nada desto; los bienes se gozan seguramente, sin sobresalto ni enemigo; porque ni hay pobreza, que es todo riqueza y abundancia; no hay enfermedad, sino perpetua salud; no hay envidia, que la caridad es confirmada y general; no hay dolor ni pesar, que todo es gloria y contento; no hay avaricia, donde todos tienen lo que quieren, y no quieren cosa mala; no hay sobresalto, porque hay perpetua seguridad y el campo seguro de todas partes; y por eso, porque no dijese alguno que, bien que dentro de la ciudad no haya enemigos, pero que podría estar cercada dellos, de donde se seguiria aguarle algo el contento, añade el Profeta: Y alábale tambien porque puso paz en tu comarca; antes dice que la comarca es la misma paz, porque en todas esas anchuras de cielo y cielos, y fuera dellos, no hay cosa que temer; todo está seguro, todo es paz y amor; no tienen término las últimas murallas y no falta mantenimiento, porque de la flor de la harina se sustentan, que es el mismo Hijo de Dios, que acá dentro en especies les sustentaba. Así que, por todas partes queda el entendimiento corto (aunque parece que la pluma se alarga) para entender cuánta sea la grandeza y cuán inestimable el interese de la gloria que esperamos.

De aquí se entiende que, así como es tan desproporcionada la ventaja que este bien de la gloria hace á todos los de acá, que en su comparacion son menos que pintados; así los medios para alcanzar este bien son, y se pueden decir á boca llena, provechosos; y uno de los que mas justamente merecen este nombre, es la tribulacion que en esta vida padecemos por Dios; por la cual se dijo especialmente: Por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos. Esto significó la subida colorada y sangrienta del coche, que hizo Sa-

lomon tan famoso; esto la subida al monte Tabor de los discípulos, tan áspera, para haber de ver la gloria de Cristo; y esto quiso él mismo decir cuando con reprehension dijo á los de Emaus que convino que padeciese Cristo, y por ese camino entrase en su gloria. Lo cual se entiende de dos maneras, y ambas verdaderas: la primera, que donde hay merecimiento de vida eterna necesariamente hay trabajos, y porque las obras de virtud andan y se ejercitan con dificultad, con que la gloria se merece; por donde dijo el Redentor que una parte de la semilla cayó en buena tierra, que son los que con buen corazon retienen la palabra de Dios, y mediante ella, llevan fruto con paciencia; porque siempre hay trabajos en que tenella, para llevar el fruto digno de vida eterna; lo segundo, porque los mismos trabajos puros, padecidos con paciencia por Dios, son meritorios della. Para entender esta distincion, se advierte que todas las obras con que la gloria se merece tienen algo de trabajo, aunque alguno sacará desta regla la mas excelente dellas, que es el puro amor de Dios; pero esta tiene tambien en esta vida su dificultad, pues para facilitarla se pone virtud en el alma; pero, cuando alguna hobiera libre de toda dificultad, toda la vida del cristiano está llena de trabajos y adversidades; por donde vino á darse aquella general sentencia: Por muchas tribulaciones conviene que entremos en el reino de los cielos. Y el consejo que el Señor dió á sus discípulos: Porfiad de entrar por la puerta angosta y caminar por el estrecho camino, que tal es el que guía al reino de los cielos, y pocos dan en él. Y de aquí particularmente se atribuye á los trabajos y á la tolerancia dellos el reino de los cielos; y aun, como decia el bienaventurado san Juan Crisóstomo, á la medida dellos se mide el galardón, segun aquello de san Pablo: Cada uno recibirá el premio segun su trabajo. De aquí es lo que san Juan dice en el *Apocalipsi*, que vió una multitud, que nadie pudiera contar, de santos de todas naciones y lenguas, vestidos de vestiduras blancas y palmas en sus manos, alabando á Dios, y que uno de los ancianos le preguntó al mismo apóstol qué gente sería aquella; y que él respondió: Señor, vos lo sabréis, que yo no lo sé; y díjole: Hágote saber que estos son los que vinieron de la gran tribulacion, y lavaron sus vestiduras y las pararon blancas en la sangre del Cordero. Que fué tanto como decirle: Hágote saber, Juan, que ninguno hay, de cuantos ves aquí, que la gloria que tiene no la haya ganado con grandes tribulaciones y trabajos, juntándolos con la sangre del Cordero, esto es, con los que él padeció; y pues dice que habia de todos, posible sería que no fuesen todos mártires; y así, no solos ellos van por ese camino; lo cual parece por lo que la Iglesia usa, que, segun un doctor advierte, al principio no celebraba fiesta sino á solos los mártires, y después, atento al martirio que las vírgines padecen, de quien san Ambrosio dice que la virginidad hace mártires, se les hizo fiesta, y después por la misma razon á los doctores y obispos por lo que padecen en su gobierno, predicacion y celo; de donde nacieron las armas de un obispo de aquellos tiempos, que era un corazon pasado con tres saetas, y decia la letra:

*Quod sit dissimilis nostra haec ecclesia priscae;
Ferre, transiit pectore, tela gero.*

Con estas flechas de hierro traigo atravesado el corazon, de ver cuán diferente ha venido á ser la Iglesia de lo que soia.

Y san Juan Crisóstomo dice que el buen pastor ó perlado pelea con infinitos martirios. Y de aquí es que estos tres estados de santos tienen aureola en el cielo, y todos los que decimos del *Apocalipsi*, tenían palmas en las manos, que son señales de victoria; pues los confesores y ermitaños bien se sabe con cuántos y cuán graves enemigos pelearon. De los cuales dice san Cipriano que no son solos los Nerones ó Dioclecianos los que martirizan, sino la consideracion de los vicios y vanidades del mundo; lo cual dice hablando de los ermitaños, que se fueron á vivir entre las fieras.

Así que, por esta razon es propio á la tribulacion el merecer el reino de los cielos, y esa es la violencia ó valentía con que el Señor dijo que se conquistaba desde los días de san Juan Bautista, y por esa razon subió él mismo á él con sus llagas, y las tendrá allí para siempre, como armas y blason del amor que tuvo al Padre y á los hombres, y para dar á entender que aquellas son las armas de los conquistadores de aquel reino; y á los que padecen dice especialmente: Bienaventurados los que padecen persecuciones por la virtud; porque suyo es el reino de los cielos. Y vuelto á los discípulos, les dice en sentencia las mismas palabras, por ser ellos los que habian de comenzar la imitacion de su vida en los trabajos. Y hablando en general, la vida trabajosa es la que merece el reino del cielo, mediante la paciencia, como san Gregorio dice: Si fueres exceptado de los azotes y trabajos, no tendrás herencia del reino de los cielos. Y el mismo en otra parte dice que Salomon vino á caer en idolatría por haber tenido la vida sin trabajos; y tráelo de san Pablo: Cuando entra Dios en cuenta con nosotros, nos castiga para que no entremos en condenacion con el mundo; y que, por el contrario, la vida trabajosa aseguró á David la salvacion. Pero desto se dijo mucho en el primer libro; y por eso, allende desta razon, pasemos brevemente á la otra, que, sin este respecto, las tribulaciones de suyo, bien padecidas, merecen el reino de los cielos, aunque no sean ayuda de otra virtud sino la mesma paciencia. Esto es lo de san Pablo. La tribulacion obra paciencia y esta probacion, y la probacion esperanza, que no deja burlados.

Pues si advertimos que ningun bien de los baladés, que tales son todos los de la tierra, se alcanza jamás sin trabajo; sin este no se aumenta la hacienda, no se alcanzan las virtudes, las letras requieren largos y grandes trabajos; por lo cual aquel elegante y elocuente filósofo Demóstenes, preguntado cómo habia llegado á la cumbre de tanta elocuencia, respondió que solo gastando mas de aceite que de vino; por lo cual significó mas de viglias y trabajos que de deleite y regalos. Pues los reinos y las demás vitorias ¿con cuánta dificultad, gastos y sangre se alcanzan? No menos los que pretenden alcanzar honra y estimacion; los hijos que nacen, aunque dan gusto á sus padres después de criados, pero grandes dolores dan cuando nacen, y grandes cuidados

y trabajos cuando se crian. ¿Qué dirémos del oro y la plata? ¿Con cuánto trabajo se va adonde lo hay, con cuánto sudor se cava y labra, y con cuánto peligro se trae y se guarda? Pues si ningun bien hay destes que tan mezclados andan con males, que no cueste mucho trabajo, y por ellos se estima el trabajo por provechoso y bien empleado, ¿cuánto mas lo será el que saca y merece, no plata ni oro, ni letras llenas de errores y cortas, ni cosa temporal y perecedera, sino el verdadero bien, que es la bienaventuranza, bien á boca llena, bien, bien harto, bien seguro y duradero? Pues bien empleados los trabajos que en su conquista se emplean; y cuando no haya otro interese ni provecho, este es bastante para sufrirlos con paciencia.

San Agustin, considerando en el *Manual* el bien que es la gloria, y lo poco que para alcanzarle se trabaja, dice, declarando el deseo della: Oh ánima mia, si cada día fuese necesario sufrir tormentos, aunque fuesen los del infierno por largo tiempo, á trueque de ver á Jesucristo en su gloria, y á sus santos en su compañía, ¿no te parece que sería bien padecido todo trabajo por participar tantos bienes y tanta gloria? Pues si así es, acechen los demonios y salgan con sus tentaciones, quebranten los ayunos el cuerpo, fatiguen la carne las vestiduras, cánsenla los trabajos, séquenla las viglias, injúrieme el uno, inquieteme el otro, encójame el frio, murmure la conciencia, abráseme el calor, duela la cabeza, hiérvame el pecho, hínchese el estómago, párese el rostro amarillo, enferme todo mi cuerpo, desfallezca mi vida con dolor y mis años con gemidos, penetre la podre hasta los huesos y mane en arroyos hasta mis piés, á trueque de que yo huelgue y descanse en el día de la tribulacion y suba al pueblo ceñido. Porque ¿qué tal es la gloria de los santos? ¿Cuán grande la alegría dellos, cuando la cara de cada uno resplandecerá como el sol, cuando comenzará á contarlos el Señor por su orden en el reino de su Padre, y comenzará á pagar á cada uno, segun lo prometido á sus obras, por lo terreno lo celestial, lo eterno por lo temporal, lo grande por lo pequeño? Sin duda gran monton de felicidad será cuando traiga este Señor á todos á la vision de la gloria de su Padre, y los haga sentar consigo en los cielos para serles todo en todas las cosas. ¡Oh dichoso contento, oh alegre ventura, ver los santos, estar con los santos y ser santo; ver á Dios, tener á Dios para siempre y sin fin! Hasta aquí son palabras de san Agustin, con otras muchas que añade antes y después á este propósito, con que confirma lo dicho en este discurso.

DISCURSO V.

Del segundo provecho de las adversidades, que es ser satisfactorias por los pecados.

Doctrina es de los doctores teólogos que, después que al hombre por los sacramentos, en virtud de la sangre preciosa y méritos de Jesucristo, se le perdonan las culpas mortales, no todas veces se le perdona toda la pena que por ellas debia; y dicen no todas veces, porque algunas sí, como en el sacramento del bautismo. Y podría haber tan poca deuda y tanta contricion dellas, que tambien se perdonase toda en el de la penitencia; pero lo ordinario es quedar mucha deuda de pena temporal,

en la cual se comutó y convirtió la eterna que se debia en el infierno, por virtud del sacramento; lo cual fué figurado en Absalon cuando fué cuanto á la vida perdonado por su padre; pero no le dió luego entrada á su presencia, antes se la vedó, en lo cual comutó la pena mayor que por sus culpas habia merecido. Y mas claro se conoce y aun sin figura en el mismo David, que cuando delante del Profeta hizo penitencia de su pecado, le dijo el Profeta: Tambien Dios ha traspasado de tí tu pecado (esto dijo porque la pena del se pasó al Redentor del mundo); pero el hijo que te nació deste adulterio, quiere Dios que muera, que fué la pena en que la eterna, librada ya en la persona de Cristo, se comutó. Así que, aunque la culpa se nos perdona, la pena eterna, por virtud de la pasion del Hijo de Dios, se nos comuta en otra temporal; la cual pagamos en obras penales y trabajosas, volviendo á Dios la honra y respecto que con nuestro pecado de nuestra parte le quitamos, y castigando en nosotros el gusto desordenado de nuestra voluntad. Para esto impone el confesor en penitencia semejantes obras, como ayunos, oraciones, limosnas, diciplinas, y otras obras pias y penales, encargando que, fuera dellas, hagamos otras; aunque fuera de mas provecho encargallas todas, por ser parte del sacramento; y aun antiguamente, cuando habia mas espíritu en los fieles y mas cuidaban de su salud, solian estas penitencias imponerse y cumplirse antes que recibiese el penitente el beneficio de la absolucion, como lo cuenta Nicéforo, famoso historiador de la Iglesia. Y estas obras, hechas por esta orden y respecto, llama la Iglesia satisfacion, bien diferente del vulgo, que pone ese nombre á la restitution de hacienda ó fama mal quitada de su prójimo. Y lo que por esta satisfacion no se paga en esta vida, se paga sin remision en los fuegos del purgatorio antes que el alma entre en el cielo, donde no entra nadie con mancha ni deuda, ó en el infierno eternamente, como al fin deste discurso se declara.

Y para llevar pagada esta deuda, se dice en este discurso que es útil la adversidad y trabajo padecido en esta vida. Segun aquello que san Gregorio dice: La carne, contenta, nos trajo á la culpa, y la misma, afligida, nos vuelve al perdon. Sácase esta verdad de muchos lugares de la divina Escritura, en que el Eclesiástico dice: Piadoso es el Señor y misericordioso, que perdona en el día de la tribulacion los pecados. Y lo mismo alegó Sara, la mujer de Tobías el mozo, en su oracion; cuando dijo, entre otras cosas: Bendito es tu nombre, Señor Dios de nuestros padres, que al tiempo que estás enojado no te olvidas de hacer misericordia, y en el tiempo de la tribulacion perdonas los pecados á los que en ella te llaman. En las vidas de aquellos padres del yermo se lee que uno de los siete que fueron á los desiertos de Egipto á ver aquellos santos monjes enfermó de recias calenturas; y pidiendo remedio á Juan, egipcio, uno de aquellos santos ermitaños le respondió: ¿No miras que procuras echar de tí una cosa que te es de mucha importancia? Porque, así como los cuerpos se lavan y limpian con jabon, así las almas se limpian y purifican en las enfermedades. Dejo aparte algun género de trabajos, con que queda un hombre á culpa y á pena limpio, como el del mártir; de quien san

Agustin dice que le hace injuria quien se pone á rogar por él.

Para entendimiento mas distinto desto, es necesario entender que las adversidades ó penas desta vida son en cuatro maneras, segun á este propósito pertenecen: unas son naturales, que se llaman así, aunque fueron pena del pecado, porque nos vienen con la naturaleza, que es compuesta de humores contrarios, y son pena tambien del pecado, porque lo fué quitarnos la justicia original, que sanaba de tal manera la naturaleza, que no habia ni hubiera ningun trabajo dellos; deste género son: frio, calor, enfermedad, melancolias, y otros semejantes. Otros hay que nos vienen por mano de los perlados y justicias, que son castigos que dan los que gobiernan por sus delictos á los delincuentes, como son: tormentos, azotes, destierros, grillos, cárceles, horcas, garrotes y fuegos; otros vienen por mano de unos hombres particulares á otros, sin justicia ni autoridad, como heridas, pleitos, hurtos, infamias y muertes; otros son castigos que Dios envia por pecados, como son los generales, por pecados de un pueblo ó provincia ó de todo el mundo, que comunmente vienen en castigo dellos, como atrás queda dicho y adelante se dirá; y algunas veces por los pecados particulares á particulares personas; porque, aunque esto no es todas veces en castigo de pecados, sino por otros respectos, como parece en los inestimables trabajos de la Madre de Dios, y en los de Tobías y Job; pero muchos los envia por castigo de pecados propios ó ajenos, sino que no siempre se entiende; pero siempre el que es atribulado con ellos se ha de recelar que son castigo de sus pecados, y procurar de salir dellos, si no ha salido; y si lo ha, procure por recibillos en castigo misericordioso de la piadosa mano del Señor. Y aunque todo esto se entienda de todas cuatro maneras de trabajos, pero los de la cuarta vienen en castigo con nuevo y particular respecto, con que Dios los envia y á que los ordena. Y aunque esta suele venir á una comunidad en general, pero muchas viene á particulares personas por sus pecados, como parece en la muerte del hijo que del adulterio nació á David, y el castigo de Ezequías porque mostró los tesoros, la muerte de Ochocías porque consultó al dios de Acaron sobre su enfermedad, y otras mil desta manera, y otros que agora nos envia; sino que, ó pensamos que son acaso, ó no sabemos discernir para qué fin los envia. Pues, esto presupuesto, si hablamos destes trabajos de la cuarta manera, son certisimamente satisfactorios. Y asimesmo los primeros y segundos y terceros, si en paciencia se reciben y se sufren; pero hay diferencia, que los que Dios envia para castigo, que son estos cuartos, si se reciben en paciencia, no solo satisfacen por virtud della, sino por ser trabajos enviados á este fin, como satisfacen las penas de purgatorio, solo por haberse ordenado para esto, y estar las almas de los que los padecen en caridad; y como satisfacen las penitencias que el confesor impone, por esta razon de haberse impuesto para este fin, allende de lo que fuera del sacramento satisficieran; así son los trabajos que para fin de castigo Dios impone en general ó particular; y aun hay doctores que digan que, aunque se reciban los tales trabajos sin haber positiva aceptación, solo

que esté en gracia y no murmure del trabajo, tambien entonces es satisfactorio; y aun otra cosa dicen, que, aunque se reciban murmurando y de mala gana, con tal que la murmuracion no pase de pecado venial, el cual no quita ni impide la gracia, todavía lo es satisfactorio, porque solo requiere ser sufridos y en estado de gracia; como vemos los del purgatorio, donde no se requiere ni hay meritoria aceptación. De donde colige uno destes doctores que si un hombre está en estado de gracia y muere súbitamente de apoplejía ó de otra ocasion, si la muerte viene en castigo de sus pecados pasados ó de alguno dellos, aunque aquella muerte no tuvo lugar de ser aceptada con paciencia ni sin ella, será sin duda satisfactoria. Y lo segundo, colige que el castigo que Dios envió á Nabucodonosor, cuando por su soberbia repentinamente le quitó el juicio y le tornó bestia con las demás en el campo, si al tiempo que se ejecutó estaba en gracia, podia satisfacer con ella, lo cual no pudiera si naturalmente perdiera el seso.

Pero las demás maneras de trabajos requieren, para ser satisfactorios, la virtud positiva de la paciencia y caridad; donde no, no lo serán. Y de aquí se sigue otra diferencia, que los que Dios envia para este efecto en castigo de pecados, que son de la cuarta manera, satisfacen, no segun la cantidad de la paciencia con que se reciben y sufren, sino con cualquiera paciencia ó sin ella positivamente, segun la medida del trabajo. De manera que si la paciencia es como diez y el trabajo grave como ciento, la satisfacion será, no solo como diez, sino como ciento, aunque á los diez mas ó menos de la paciencia corresponde tambien su satisfacion fuera de los ciento; pero los demás trabajos que no son para este fin enviados, sino naturales ó de la segunda y tercera manera, satisfacen segun la medida sola de la paciencia, aunque sea el trabajo grande ó pequeño; de manera que, si es una enfermedad ó golpe de fortuna gravísimo como ciento, y la paciencia es como diez, diez grados tiene de satisfacion; así que, en la una cuenta y en la otra, siempre corresponde á la paciencia su medida, pero no en ambas la del trabajo sin ella. De aquí han de quedar advertidos los que padecen adversidades, ó naturales ó de la justicia, ó agravios ó injurias ó daños de prójimos enemigos suyos; y si no, adviértanlos sus confesores ó predicadores que, cuando se vieren en semejantes trances, tengan mucha paciencia, ofreciéndolos á Dios por sus pecados; porque con esto serán meritorios de la vida eterna, y satisfarán por las penas que por ellos deben; y si acaso fueren de los de la cuarta manera, esto es, enviados de Dios para este efecto, segun lo dicho, tendrán por dos razones satisfacion. Y porque desto tengamos alguna autoridad de doctor sagrado, bástenos la del bienaventurado san Jerónimo, que dice: Con la oracion se sanan las pestes del cuerpo; y aun los azotes con que Dios con particular providencia castiga á los hombres, como fué la inundacion del mundo en el diluvio y el incendio de los de Sodoma, si los hombres que los reciben se corrigen con ellos y se enmiendan, por razon de satisfacion se les aplican, porque no habrá sobre un pecado dos castigos ni vengará Dios una mesma cosa dos veces con tribulacion. Hasta aquí son palabras de san Jerónimo,

De aquí nace lo que este discurso pretende, que es descubrir el provecho de la satisfacion con que, recibiendo estos trabajos como de la piadosa mano de Dios, hacemos dellos manso y tolerable purgatorio de nuestros pecados en esta vida, y si son de los primeros, segundos y terceros, que tienen tambien el mismo provecho de satisfacion, mediante la paciencia con que se padecen; de los cuales se entiende lo que san Pablo dice, que se huelga con la tribulacion, porque ella obra la paciencia y esta obra probacion; donde la glosa declara purgacion de pecados. Y este pensamiento ha de tener el cristiano que los tiene, poniendo los ojos en los intolerables que le excusa en el infierno, tomando ocasion para huir dél, no muriendo en pecados enmendando la vida; y en el purgatorio, los que aun muriendo en gracia es necesario padecer. Y este es el sentido de aquel lugar del *Apocalipsi*, después que dice que vió al tercer ángel que publicaba que los que adoran la bestia y trajesen su imágen, beberian el cáliz de la ira de Dios, y que serian atormentados con fuego y azufre delante de los santos ángeles y en presencia del cordero; y que el humo del fuego de sus tormentos subirá al cielo como perfume para todos los siglos sin fin, sin tener descanso para siempre de dia ni de noche; que es pintar las penas del infierno. Dice san Juan: Aquí está la paciencia de los santos, que guardan la ley de Dios, la fe de Jesucristo. Quiere decir que de la consideracion de aquellas infernales penas que allí decia el ángel, sacan los santos la paciencia en sus trabajos; porque, cotejados con los que allí se padecen por los pecados, eternamente y sin provecho, parecen los de acá brevísimos y ligerísimos; y pues (aunque temporales) los del purgatorio son tambien temerosísimos y gravísimos, gran locura es librar en ellos nuestra satisfacion, teniendo en nuestra mano un suave y manso purgatorio, y dándonos Dios á escoger este ó aquel, que tan diferentes son de sufrir. Y con gran razon seremos en el otro atormentados con penas incomparables, pues no quisimos padecer las que acá podríamos escoger ligeras. Lo cual dió á entender por el profeta Esaías, cuando después de la division de los diez tribus, algunos de los que quedaban en el de Judá no estaban contentos con su rey y reino, ni estimaban el particular cuidado y gobierno de Dios, con que los tenía en paz y sosegados, pareciéndoles que los reyes de Samaria eran mas poderosos. Porque en todas las comunidades hay gente inquieta y bulliciosa que desea siempre mudanzas en el gobierno; porque, con su condicion inquieta, no pueden vivir ni conservarse sino con bandos y revueltas, con que se encubre su mala vida, y tienen siempre un bando que la favorezca; á lo menos los que mandan, ocupados con las disensiones, no echan de ver tanto, ó si lo ven, no pueden tan cumplidamente remediar los delictos y desórdenes de los tales. Así eran estos de quien el Profeta habla cuando dice: Porque este pueblo no estima ni tiene en precio las aguas de Siloe, que corren con silencio; por las cuales entiende el reino de Judá y sus suaves leyes, como lo era el arroyo y fuente de Siloe (que estaba en ella y nacia de la haldada del monte de Sion, y corría con poca agua y por lo llano suavemente), sino escogió antes á Rasin y á Face, hijo de

Romelia, reyes de Samaria; por eso el Señor les enviará aguas de un río, muchas y muy furiosas, que será al rey de los asirios, y toda su gloria y ejército, y crecerá este río sobre todos los arroyos de Judá y sobre todas sus riberas, y irá cundiendo y anegando por toda ella, y llegará hasta la garganta, que, segun por el suceso parece, se entiende que habia de venir la gente de los asirios y destruir toda la tierra, excepto la ciudad de Jerusalem, que era cabeza; porque no quiso Dios acabarlo todo de una vez. En este castigo se avisa generalmente á los que por mano de Dios están puestos en algun estado de sosiego, que no busquen otro de ruido á su voluntad porque no les acaezca lo que á estos, que les envíe Dios ruido, y no el que ellos buscan ó piensan. Así acaece á los que, descontentos con la ley de Dios, quieren mas servir al demonio ó al mundo y guardar las suyas, así á la doncella que inspiró Dios que fuese monja, y su padre y madre, no solo no se lo estorban, mas antes se lo aconsejan, y ella no quiere aquella vida quieta y con su Dios. Pues así, ¿ruido queréis? Espera. Dale un marido que le juegue la dote, y sobre eso no le deje tener un día bueno y en paz. Así, al que inspira Dios que una tarde se vaya á una iglesia, y allí considere lo que hay en ella, aquella merced tan inestimable del Santísimo Sacramento del altar, aquella imágen del santo Crucifijo y las de la Madre de Dios y los santos, aquellas sepulturas de sus pasados, y al fin, mil cosas juntas que allí están, que suelen sacar mil suspiros y trocar los pensamientos y propósitos al mas derramado del mundo; y él no quiere gastar la tarde sino en la comedia, en la casa del juego, en el paseo de calles, y permite Dios que en medio destes contentos le acaezca una desgracia. Todo esto se ha dicho para que el lugar del profeta Esaías no parezca que viene de lado en sentido místico; porque parece que habla el Profeta poniendo los ojos en lo que vamos hablando; para lo cual es necesario saber que muy ordinario es entenderse en la Escritura por las aguas los trabajos y por Siloe el Redentor del mundo, segun lo advirtió san Juan en su Evangelio, y junto lo dice el salmo: Sálvame, Señor, porque han llegado las aguas á mi ánima. Puesto el Señor en la cruz, cerca del espirar, dice: Señor y Padre mío, valedme, que las aguas, los trabajos y dolores han entrado hasta mi ánima, dejando mi cuerpo traspasado; ninguna cosa hay en él sin gravísimos tormentos: mis piés y manos desgarrados de los clavos, mi cabeza barrenada con agudas espinas, los cabellos sangrientos, el rostro escupido y afeado, las barbas mesadas, el cuerpo azotado cruelmente, los huesos desencasados, todo el cuerpo bañado en sangre; hasta el alma llegan ya los dolores y tormentos, pues la fatigan y dan priesa que salga. Atollado estoy en ellos, y no hallo pié, como el que no puede salir dellos, ni hallo en qué estribar. Pues estos trabajos, empapados en la pasión y sangre de Cristo, perdieron allí su amargor. Así como un limon cubierto de azúcar sabe á ella, sin rastro del agro ó amargo que antes tenia, porque todo lo consumió el azúcar, así aquella dulzura de la caridad de Cristo endulzó los trabajos y tormentos de suerte, que después acá no son ya acedos ni amargos, sino suaves, como tambien la mesma muerte. Y en significacion desto, salió del sagrado

costado juntamente sangre y agua, que es los trabajos con sangre de Cristo, con los méritos de su pasión, con que quedaron dulces y suaves y no solo fáciles de llevar. Pues dice agora el Profeta: Por no haber estimado ni querido este mi pueblo las aguas de Siloe, los trabajos de Cristo, los que él preparó quitándoles la amargura, el estado y remedio quieto y sosegado sin alboroto ni rigor, las penitencias, los remedios de los pecados después de confesados, que son fáciles, regalados y sin pesadumbre, y de los veniales por el semejante, que pasan sin ruido, con silencio y suavidad. ¿Qué mas silencio que una gota de agua bendita, un Pater noster, un golpe de pechos para veniales? Qué menos ruido que un ayuno, que Cristo con el suyo dejó fácil y dulce para la pena de los mortales; un rato de oración, hablar con su Dios y Criador, pidiéndole remedio de sus necesidades; una limosna, siendo tan suave cosa de suyo el dar, y habiéndose endulzado mas en la caridad de Cristo, Dios y hombre? Y cuando esto no lo sea, ¿qué mas fácil cosa que sufrir los trabajos que Dios envía, canonizados por su doctrina y ejemplo, facilitados y endulzados en su divina persona, breves, mansos, proporcionados, ayudados de su divina gracia? Pues por no querer el pueblo, de cristiano, sufrir estas aguas, estos trabajos para satisfacción y paga de sus pecados, sino librarlo para el purgatorio. Así dice Dios: ¿Ruido queréis? Yo os le daré; un río de trabajos y tormentos en el purgatorio: que así como el río se hace de muchos arroyos, así aquel monton de tormentos de muchas penas, como dice san Cirilo escribiendo á san Agustín de la muerte de san Jerónimo, que por sus méritos resucitaron el día que él murió tres muertos, y que con uno dellos habló san Cirilo, que no le podía hablar de lágrimas. Y preguntando por qué lloraba, respondió que ningún hombre había que hobiese visto lo que él, que dejase de llorar. Y preguntado lo que había visto, dijo que si se juntasen cuantos trabajos, penas y dolores hay en esta vida, y cuantos ha habido después que el mundo comenzó, y cuanto padecieron los mártires, y lo que se ha de padecer de aquí á que el mundo se acabe, y se hiciese todo un tormento, holgaría mas cualquiera que hobiese visto lo de allá, de padecello todo de aquí al día del juicio, que la menor pena de las de purgatorio. Pues este es río de tormentos, que tiene Dios aparejado y prometido para los que libran su paga en ellos. Y dice que hasta el cuello, porque el alma es inmortal, y la que allí está (aunque en tormentos), está confirmada en gracia para siempre; y así, no puede ser ahogada en los tormentos, ni cuanto al ser natural ni cuanto al de gracia; pero imaginad de ahí abajo cuanto podeis, y es cifra comparado con lo que es el purgatorio; pues á esta cuenta, bien decimos que es locura guardarlos para allá. Y pues nosotros buscamos tan pocas cosas, y por nuestra voluntad hacemos tan pocas obras penales en satisfacción de lo que debemos por nuestros pecados, siendo mucho, porque pecamos mucho y trabajamos poco, y los veniales son sin número, y con descuido de emendarlos ni pagarlos, á lo menos suframos lo que Dios para este fin nos envía para satisfacer por ellos, y tengamos por suerte venturosa el padecer.

Y para que se entienda que de cualquiera suerte que

salgamos desta vida es este saludable consejo, advierta el lector que aun para aliviar las penas del infierno es provechosísimo el padecer los trabajos dichos en satisfacción de los pecados. Porque, aunque la pena eterna, que por los pecados se debía, por la penitencia se habia trocado en temporal; pero cuando un hombre va al infierno condenado, vuelve, aunque acidentalmente, á ser eterna; quiero decir, no porque Dios se haya vuelto atrás, ni su misericordia ni su sacramento ni su perdón, sino porque aquella pena temporal se ha de pagar estando en gracia y caridad de Dios; y como esta ni la hay ni la habrá en el infierno en toda la eternidad de Dios, de aquí es que, aunque es finita y temporal la pena que se debe, respecto de estos pecados que una vez cuanto á la culpa fueron perdonados, nunca se acabará de pagar allí; porque la pena que por ellos se recibe, nunca tiene nombre ni razon de paga ni satisfacción, sino solo de castigo. Y si acá se paga estando en gracia de Dios, eso lleva el pecador menos que pagar cuando por otros pecados no llorados fuere á los infiernos condenado. De manera que, por haber acá pagado aquella parte con pocos y fáciles trabajos, no la pagará eternamente allá. Y en este sentido se entiende que los trabajos acá bien y en gracia padecidos, alivian las penas del infierno, que es decir que se hallan ser menos. Y aunque las que quedan son increíbles y eternas, pero diferente cosa es pagar de censo perpetuo mil ducados ó pagar un real en cada un año. Esta doctrina es del bienaventurado san Juan Crisóstomo en algunas partes de sus obras. Así que, de cualquier manera, ó para la gloria, ó para excusar las penas del purgatorio, ó para que sean menos las del infierno, gran provecho hacen las tribulaciones bien padecidas, y gran merced hace Dios á quien las envía; y así queda llana la verdad del Espíritu Santo, que no dejar á los pecadores mucho tiempo hacer su voluntad, sino enviarles luego el castigo de sus pecados, es indicio de gran beneficio y merced.

DISCURSO VI.

De otra utilidad de los trabajos que es la fortaleza que en ellos se gana.

Una de las virtudes mas necesarias al cristiano y siervo de Dios es la fortaleza, por cuya falta se dejan los hombres caer en grandes pecados vilisimamente. Porque el Evangelio conoce á algunos que, oída la palabra de Dios y lo que la fe nos enseña de la creación del mundo, de su reparación por la encarnación del Hijo de Dios, de la fealdad del pecado, de la facilidad del remedio dél, de la multitud de beneficios que cada hora recibimos de la mano de Dios, de la gloria que nos espera, y de la terribilidad del juicio, y de las penas del infierno; y finalmente, de cualquier misterio de nuestra fe, conciben unos deseos encendidos de la virtud y de ser hombres espirituales; mas por no tener echadas raíces en el corazón, que causa la fortaleza para pelear con la dificultad de la virtud y con la costumbre y deleite del vicio, se dejan con gran flaqueza caer en muchos pecados con flaquísimas ocasiones. Dice Salomon de estos que, así como la puerta se rodea sobre un quicial, así se revuelca el perezoso en su cama. La puerta, aun-

que mas sea rodeada, todavía se está en un mismo lugar; así el perezoso, aunque mil veces se mueva su deseo á salir de la mala vida; pero, como no tiene fortaleza, estáse todavía en el mismo vicio y en la cama de sus deleites. Lo mismo dice el mismo Sabio en otro lugar. Dice el perezoso: El león está en el camino, en medio de la plaza me han de matar. Estos leones son los trabajos y las luchas de la carne y espíritu, las cuales se han de vencer. Así que, visto por una parte el deseo y por otra los miedos, acaece lo que en otra parte del mismo libro dice, que el perezoso quiere y no quiere; quiere cuando piensa en el premio, y cuando en el trabajo, no quiere. Acaece estar un mozo con devoción en un sermón, proponiendo mudar la vida, dejar el mundo vano y sus locuras y ser hombre espiritual; sale de allí con propósito de irse á un monesterio y poner por obra su deseo, y vivir allí santamente toda su vida; y saliendo de la iglesia, encuentra con otro liviano, y á media palabra se deja llevar sin resistencia á las liviandades y vanidades acostumbradas, por solo no haber echado raíces y apercebido de fortaleza para pelear un poco en las ocasiones, y resistir á los vicios y á la fuerza de los deleites. Así le acaece por el semejante al otro vengativo, que, oída la paciencia del Salvador, con que sufrió sus afrentas, y conocidos los daños y los peligros en que vive, y la rigurosa cuenta que le espera, y la poca y miserable ganancia que llevará después de haberse vengado á su voluntad, y el poco caso que ha hecho del juez que le ha de juzgar, y que con su doctrina y ejemplo y por otros mil caminos tantas veces le enseñó, le persuadió, y aun le rogó y amenazó que no tomase venganza, sino que se la dejase á él como á señor y juez universal; sale con buen propósito de la iglesia, y encontrando con quien le injurió, como no hay raíces, fácilmente se vuelve al primer pensamiento; y lo mismo es cuando de ayuno, oración, recogimiento, ó de otra cualquier obra de virtud le vienen deseos ó pensamientos. Desta condicion fué Faraon, y desta mesma Saul; á los cuales y á otros sus semejantes compara san Pablo á niños tiernos de los ojos, que fácilmente son ojados, diciendo: ¿Oh galatas insensatos! ¿Quién os ha ojado para no obedecer á la verdad, que habiendo comenzado á seguir el camino del espíritu, habeis venido al cabo á dar en leyes de carne? Así hay agora unos hombres tan tiernos de corazón, que la mas liviana ocasion del mundo les hace rendir á los mas feos pecados. Son como unos hombres que llamamos enfermizos, que no ha venido la conjunción de la luna ó su oposición á las dos de la noche, ó cualquier otra influencia secreta de las estrellas, que luego no sientan la impresion que hizo en su salud, perdido el sueño en la cama y dando mil vuelcos en ella. Así los hay pecadorizos, como si dijésemos fáciles en pecados, enfermizos del alma, que apenas asoma desde una legua una liviana ocasion de pecado cuando le tienen ya consentido; y esta es falta de raíz de la virtud y de fortaleza, para seguir su partido, como de la raíz del árbol sale la fortaleza, de donde todo él toma fuerzas y se sustenta; y desta decia el Apóstol á los de Efeso: No os desmayen mis trabajos, que por esto hincó las rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo, de donde de-

ciende y se deriva toda nación y generacion, así de los ángeles como de los hombres en el cielo y en la tierra, rogándole que segun las riquezas de su gloria os dé fuerza y virtud, para que en el alma la tengais, de su santo Espíritu, para que, estando fundados y bien arraigados en la caridad, more Jesucristo en vuestros corazones por fe y amor. Esto dice el Apóstol, porque donde faltan estas raíces no tiene morada Cristo sino de paso. Es tan grande esta merced que san Pablo les pide á los efesios, que por eso la pide de rodillas, como suelen pedirse las grandes mercedes; porque con ella se vuelve el camino del cielo fácil, dulce y sabroso; porque, vencido una vez y quitado de enmedio el trabajo de la virtud, lo cual se hace mediante esta fortaleza, todo lo que en ella queda es suavísimo, sin que quede en qué tropezar en todo el camino; y por el contrario, el que sin ella vive, forzosamente se ha de ver cada ocasion en gran trabajo y pelea con los enemigos de su alma y con las fieras que salen al camino, hallándose desarmado para las resistir y vencer.

Viniendo á nuestro propósito, es una cosa maravillosa que esta soberana virtud con que se vencen las dificultades de toda virtud y las adversidades que en el mundo se padecen, se gana y granjea, y aun crece con las mismas adversidades y la pelea que con ellas se tiene; y la maravilla consiste en que en buena filosofia se sabe que cuando dos contrarios pelean, ora sean cosas naturales, ora artificiales, de tal manera quedan después de acabada la pelea, que aunque el uno queda vencido, no queda el otro sin daño; antes le lleva tanto mas grande cuanto el vencido era mas fuerte; y ninguno es tan flaco, que no deje flaco á su contrario, poco ó mucho; lo cual parece muy claro en las guerras de los reyes, que después de la vitoria quedan gastados, cansados, muertos muchos soldados, otros muchos mas heridos y destrozados, y menoscabada la fuerza de su campo. Asimismo en lo natural, el fuego cuando ha calentado alguna cosa fria, el horno queda frio cuando ha cocido el pan, la nieve derretida cuando artificialmente ha enfriado el agua que se bebe, los filos del cuchillo cuando ha cortado, aunque sea cosa tierna y sin resistencia, el calor del estómago cuando ha comido muchas cosas, ó frias como parece á la vejez, las herramientas del cantero ó de cualquier otro oficial cuando ha debastado ó labrado la piedra; finalmente, todo aquello que natural ó artificialmente obra, dice Aristóteles que desmedra obrando y padece; sola la fortaleza que fué criada para vencer las dificultades y tribulaciones, no solo no se gasta, mas peleando y venciendo se mejora y fortalece; lo cual parece claro en las virtudes que obra; que cuanto mas contradición y trabajo, tanta mas fortaleza se gana, como dice Crisóstomo, para obrarlas. Esto nos dió á entender el Redentor, que habiendo en el discurso de su vida obrado tantas maravillas y obras heróicas de toda virtud, las hizo mas y mas excelentes en el tiempo de su pasión; lo que en los hombres comunmente suele ser al contrario: cuando alguno dellos está en algun trabajo padecido por su mundo, no se le ha de hablar en otros negocios, porque aquella adversidad le tiene flaco el valor y ocupado el pensamiento; pero Cristo al revés, que aquella noche fué cuando hizo grandes ma-